

CAPITULO V.



Esta es la vida , Garcés ;
Uno muere , otro se casa ,
Unos lloran , otros rien....
¡Triste condicion humana!

GARCIA GUTIERREZ.

‘El Paje.’

Reinaba la mayor agitacion en la casa del señor de B... que verificado el casamiento de su hija habia partido para el puerto de Nuevitas, en el cual debia embarcarse para la Habana.

Jorge que habia estado presente á la ce-

lebracion del matrimonio y partida de Don Cárlos, volvióse á su casa dejando ya instalado á Enrique en la de su esposa. La inquietud que inspiraba á esta la situacion de su hermano, las dolorosas sensaciones que en ella habia producido la primera separacion de un padre tiernamente querido, y su repentino matrimonio verificado bajo tan tristes auspicios, teníanla en cierta manera enagenada, é insensible, en aquellos primeros momentos, á la ternura oficiosa que su marido la prodigaba.

Rodeábanla llorando sus hermanitas sin que ella acertase á dirigirles una palabra de consuelo. Unicamente Teresa conservaba su presencia de espíritu, y al mismo tiempo que daba órdenes á las esclavas r estableciendo en la casa la tranquilidad, momentáneamente alterada, cuidaba de las niñas y aun de la misma Carlota. Instábala con cariño para que se acostase algunas horas, temiendo que tantas agitaciones y una noche de vigilia alterasen su salud delicada, y vencida por fin de sus dolores ya iba Carlota á complacerla cuan-

do llegó el mayoral de las estancias de Cubitas anunciando la muerte de Sab. Esta desgracia, dijo, era efecto sin duda de alguna gran caída, pues según decía Martina que era un oráculo para el buen labriego, Sab tenía reventados todos los vasos del pecho.

Esta noticia que algunos días antes hubiera sido dolorosísima á Carlota, apenas pareció afectarla en un momento en que tanto había sufrido. Acababa de separarse de un padre, su hermano espiraba tal vez en aquel momento, y la pérdida del pobre mulato era bien pequeña al lado de estas pérdidas.

Enrique manifestó con mas viveza su sorpresa y su pesar ¡Pobre muchacho! dijo, estas muertes repentinas me aterroran. Luego, como si se le presentase una idea luminosa añadió: Martina tiene razón: una caída del caballo ha sido indudablemente la causa de su muerte. ¡Pobre Sab! Ahora recuerdo lo pálido, lo demudado que estaba ayer cuando llegó á Guanaja. Yo lo atribuí al cansancio del viage tan precipitado:

reventó su jaco negro. Aquí traigo una carta sin sobre escrito, dijo el mayoral, pero que creo es para la señora.

Para Carlota! ¿y de quien es esa carta buen hombre?

Del pobre difunto, señor, respondió el mayoral presentandola. Creo que agonizando la escribió, pues me pidió el papel y la tinta á las tres de la madrugada, y á las seis el desgraciado rindió su alma al criador. Pero parece que el asunto era de importancia, y luego, como yo debía venir para acompañar al amo á la Habana... pero ya lo veo, he llegado tarde y mi venida solo habrá servido para traer esta carta.

En el breve tiempo que duró este discurso del mayoral, al que nadie atendia, pasó una escena muy viva en aquella sala. Enrique, que se habia apoderado de la carta que decian ser para su esposa, rompió la cubierta apresuradamente, y al abrir la carta cayó en tierra el brazalete que levantó sorprendido.

Un brazalete!... Carlota... este brazalete...=es mio: dijo Teresa adelantandose con

TOMO II.

serenidad. Es un regalo de Carlota que yo estimo en tanto que solo he podido cederlo á la persona á quien he creído en este mundo mas digna de mi afecto y estimacion. Ahora que vuelve á mis manos quiero conservarle hasta el sepulcro. Dadmele pues, Enrique, y esa carta que tambien es para mi.

Enrique estaba estupefacto y miraba á Teresa y luego á Carlota, como si quisiese leer en sus rostros la aclaración de aquel enigma. Pero el semblante de Teresa estaba pálido y sereno, y en la hermosa fisionomia de Carlota solo se veia en aquel momento la candida expresion de la sorpresa.

Tened la bondad de darme esa carta y ese brazalete, Enrique, repitió con firmeza Teresa, y conducid á Carlota á su aposento: tiene necesidad de descanso.

Enrique echó una mirada sobre la carta, cuya primera línea leyó, y en seguida la alargó con el brazalete á Teresa diciéndole con una sonrisa maliciosa.—Efectivamente para vos es, Teresa, pero yo ig-

noraba que tuvieseis correspondencia con el mulato, y que os devolviese el una prenda que, segun decis, solo podiais ceder al hombre á quien quisieseis y estimaseis mas.

Pues si lo ignorabais, Enrique, respondió ella con dignidad, ya lo sabeis.

Luego abrazó á Carlota rogandola nuevamente fuese á descansar algunas horas con sus hermanitas, cuyos rostros infantiles estaban descoloridos con la mala noche.

Carlota tomó en sus brazos una despues de otra á las cuatro niñas—Si, las dijo, venid á descansar, pobres criaturas, que en toda la noche habeis velado y llorado conmigo. Y tu, Teresa, añadió fijando en su amiga una mirada de indulgencia y compasion, descansa tambien, querida mia, por que tambien padeces.

Se levantó entonces y sostenida por Enrique y rodeada de sus hermanas, como de un coro de ángeles, retiróse á su aposento, despues de estampar un beso en la frente pálida y resignada de su amiga:

Para obligar á acostarse á sus hermanitas, que no querian apartarse de ella un momento, echóse vestida sobre la cama, y en torno suyo se colocaron las cuatro niñas, que no tardaron en dormirse.

Enrique cerró la cortina recomendando á su jóven esposa procurase tambien dormir, mientras el se ocupaba en arreglar algunos papeles de los que el señor de B... le habia encargado.

Si, dijo Carlota, guardaré silencio para no despertar á estas pobres niñas, pero no salgas del aposento, Enrique, porque te lo confieso, tengo miedo. Esta muerte de Sab tan repentina me ha causado una fuerte impresion.

¡Oh querido mio! ¡que tristes auspicios para nuestra union!... muertes, despedidas!... no me dejes sola, Enrique, parece-me que veo á la muerte levantarse amenazando todas las cabezas queridas, y que si dejo de verte un momento no volveré á verte mas.

Tranquilizate, vida mia, contestó su marido, aqui estaré velando tu sueño:

Pero no temas mi muerte porque no se muere uno cuando es tan feliz como yo lo soy. Duerme tranquila, Carlota, para que vuelvan las rosas á tus mejillas: ¿no sabes que quiero verte hermosa el dia de nuestra boda?

El dia de nuestra boda! murmuró ella: ¡qué triste ha sido este dia!

Pero Enrique se habia ya puesto en el escritorio de D. Carlos, donde se ocupaba en leer y arreglar papeles, y Carlota sin esperanza de descanso, pero deseando no interrumpir el de sus hermanas, cerró los ojos y aparentó dormir. Cerca de una hora pudo mantenerse en la misma posicion pero no le fue posible permanecer mas tiempo, y sacando con cuidado uno de sus brazos, sobre el cual descansaba la cabeza de la mas jóven de sus hermanas, echóse poco á poco fuera del lecho.

¿Ya estás despierta? dijo Enrique llagándose á sostenerla; ¿no quieres descansar una hora mas, vida mia?

No puedo, contestó ella, porque he estado pensando, Enrique, que en la per-

turbacion del primer momento de sorpresa y pesar, no me he acordado de que se atendiese al buen hombre que nos ha traído la noticia de la muerte de nuestro pobre Sab: y ciertamente debia haber dado orden para que se le diese para refrescar: el buen viejo se ha apresurado, con la mejor voluntad del mundo, á traernos la desagradable noticia. Tambien es preciso que se vuelva inmediatamente á Cubitas, y que lleve algun dinero á Martina para el entierro de ese infeliz. ¡ Y Teresa, Enrique, la pobre Teresa!.... la he dejado en un momento.... debo hablarla, saber que misterio se encierra en esa carta y ese brazalete que há recibido.

Fácil es de adivinar, dijo Enrique sonriendo, Teresa amaba al mulato,

Amarle! amarle! repitió Carlota con tono de duda: se me habia ocurrido esa sospecha pero.... amarle!.... oh! no es posible.

Las mugeres, querida mia, teneis caprichos tan inconcebibles y gustos tan extraordinarios!

Amarle! repitió Carlota: ¡á él! á un esclavo!..... Luego, Teresa es tan fria..... tan poco susceptible de amor!

Acaso nos hemos engañado juzgando su corazon por su semblante, querida mia.

No, Enrique, ya no he juzgado su corazon por su semblante: sé que su corazon es noble, bueno, capaz de los mas grandes sentimientos; pero el amor, Enrique, el amor es para los corazones tiernos, apasionados..... como el tuyo, como el mio.

Es para todos los corazones, vida mia, y Teresa tiene un corazon.

Ven pues, vamos á verla Enrique, y si es verdad que amó á ese infeliz, compasion merece y no vituperio. El era mulatto, es verdad, y nació esclavo: pero tenia tambien un bello corazon, Enrique, y su alma era tan noble, tan elevada como la tuya, como todas las almas nobles y elevadas.

Al oir estas palabras la mirada de Enrique, que habia estado amorosamente clavada en los bellos ojos de su muger, vaci-

ló un tanto, y como si su conciencia le hiciese penosa una comparacion que sabia bien no era merecida, se apresuró á contestar.

Ven pues, Carlota, vamos á ver á tu prima, no creo que despues de lo que dijo, al pedirme el brazaletes, quiera negar sus amores con Sab.

Yo no trataré tampoco de arrancarla su secreto, pero si llora lloraré con ella: contestó Carlota apoyándose en el brazo de su marido: y hablando asi salieron ambos del aposento y llegaron á la puerta del de Teresa, que estaba abierta. Enrique se detuvo á la entrada y Carlota se adelantó llamando á su amiga. Pero no estaba en el aposento. Carlota hizo venir á Belen y preguntó por Teresa.

Pues qué! respondió admirada la esclava: ¿no advirtió á su-merced que iba á salir? hace mas de media hora que se marchó.

¿Dónde? ¿con quién?

Donde no dijo, pero presumo que á la iglesia porque se puso su vestido negro y se cubrió la cabeza con su mantilla. La

acompañó el máyoralque vino de Cubitas.

¿Oyes, Enrique? dijo Carlota sentándose tristemente en una silla que estaba delante de la mesa de Teresa.

¡Y bien! ¿por qué te asustas, Carlota?

¿Por qué? porque Teresa no acostumbra salir á esta hora con un hombre que apenas conoce y á pie, sin decírmelo.... esto es estraordinario!

Carlota en aquel momento notó un papel escrito sobre la mesa en que se habia apoyado, y conociendo la letra de Teresa lo leyó con apresuramiento. En seguida se lo alargó á su marido, deshaciéndose en lágrimas, y Enrique lo leyó en alta voz: decia asi :

«Pobre, huérfana y sin atractivos ni nacimiento, hace muchos años que miré el claustro como el único destino á que puedo aspirar en este mundo, y hoy me arrastra hácia ese santo asilo un impulso irresistible del corazon.

No te dejára en el dia de la aflicción si me creyese necesaria ó siquiera útil, pero tú tienes ya un esposo, Carlota, á quien

amas y que ha jurado hoy á Dios y á los hombres amarte, protejerte, y hacerte feliz. Con él te dejo, deseándote un porvenir de amor y de ventura. Tu destino se ha fijado y yo quiero fijar el mío.

Por evitarme las reflexiones que me harías, para apartarme de esta resolución en la que estoy irrevocablemente fijada, dejo tu casa sin despedirme de tí sino por estas líneas, y me marchó al convento de las Ursulinas, de donde no saldré jamás. Mi patrimonio, aunque corto, cubre la dote que necesito para ser admitida, y dentro de un año espero que me será permitido pronunciar mis votos.

A Dios Carlota, á Dios Enrique....
amaos y sed felices.»

Teresa.

Oh Enrique! exclamó Carlota: ya lo ves! todo se reúne para afligirme, para hacer triste y sombrío este día de nuestra union: ¡este día que tan dichoso debía ser!

Ya no debe quedarte duda, dijo Enrique, del amor de tu prima por Sab. Su

muerte es la que le inspira esta resolucion repentina de hacerse religiosa. A la verdad que tu ~~amiga~~ tiene altas inclinaciones.

No la condenes, Enrique, ten indulgencia con todas las debilidades del corazon. ¡Pobre Teresa! harto desgraciada es! Pero ¿no podia esperar y remitir el cumplimiento de su resolucion para otro dia? ¿Por qué ha tenido la crueldad de añadir un disgusto á tantos como hoy he experimentado? me deja la ingrata el mismo dia que ha partido mi padre, sola... abandonada.

¡Sola! abandonada, Carlota! repitió Enrique ciñendola con sus brazos, cuando estas con tu esposo que te adora, cuando yo estoy aqui, á tu lado, apretándote contra mi corazon. ¡Querida mia! Sensible es la pérdida de un hermano, aunque sea de un hermano que no ves hace tres años, y cuya débil y enfermiza constitucion estaba ya de largo tiempo preparando para este golpe: sensible la separacion de un padre, aunque esta separacion será tan corta: sensible la muerte de un mulato que

fué para tu familia un esclavo fiel; y sensible tambien que una loca amiga enamorada de él se quiera hacer monja, aunque se conozca que es lo mejor que puede haer. Pero ¿es todo esto motivo suficiente para desconsolarte en estos términos, y amargarme el día mas feliz de mi vida? No es esto una injusticia, Carlota, una ingratitud para con tu Enrique?

En vez de dicha has de darme dolor, lágrimas en vez de caricias? Ah! tu me amabas hace cuatro días.... hoy... hoy no me amas,

¡No te amo! exclama ella con enagenamiento de pesar y ternura: ¡que no te amo, dices! Ah, no te amo=te idolatro. Tu eres mi consuelo, mi esperanza, mi apoyo,.. porque eres ya mi esposo, Enrique, y este día será un día de ventura por mas contrariedades que el destino arroje sobre él. Acaso era necesario este contrapeso para que mi razon no sucumbiese al exceso de tal felicidad.

¡Por que yo te amo, Enrique!

Pues bien, pruebamelo, vida mia, no

llores mas ; pruebámelo con una sonrisa, con una mirada de placer... hazme dichoso con tu dicha, Carlota...

Si, si, yo soy dichosa, le interrumpió ella con una especie de delirio. Mi padre, mi hermano, Teresa, Sab... que son todos al lado de tu amor? Yo no tengo ahora á nadie mas que á ti... pero tu lo eres todo para el corazon de tu Carlota. Mira, no sientas que llore: son lágrimas de placer, lágrimas muy dulces las que vierto en tu pecho.—Porque soy tuya! ¡porque te amo! ¡porque soy feliz!

Carlota, vida mia... dímelo otra vez: ¿que nos importa todo lo demas amándonos asi? Exclamó Enrique trasportado.

Tienes razon, añadió ella, amándonos asi el cielo mismo no tiene poder bastante para hacernos desgraciados.

¡Carlota! ya eres mia!

Tuya para siempre!

¡Cuan dichoso soy! —Y yo! Enrique, y yo!.....

Y lo eran en efecto! aquel era el primer dia de su union, y el primer dia de

una union pura y santa, aquel dia en que se hace del mas vivo y ardiente de los afectos el mas solemne de los deberes, es indudablemente un dia supremo. Debe haber en este dia una plenitud de ventura que no pertenece á esta tierra, ni á esta vida, y que el cielo no concede sino por un dia, para hacer comprender con ella la felicidad que reserva en la eternidad de su gloria á las almas predestinadas. Porque la bienaventuranza del cielo no es otra cosa que el eterno amor.

Una horrible tempestad bramaba sobre la tierra. Eran las tres de la tarde y el firmamento, cubierto de un opaco velo, anunciaba una tarde espantosa.

En aquella hora D. Carlos, desafiando la tormenta, corría al embarcadero de Nuevitas; pensando que un momento de dilacion podia impedirle hallar vivo á su hijo: En aquella hora Teresa de rodillas delante de un crucifijo, en una estrecha celda, imploraba la misericordia de Dios en favor de los que ya no existian: En aquella hora enterraban en Cubitas dos cada-

veres, de un hombre y de un niño; y una vieja lloraba sobre un lecho manchado de sangre, y un perro ahullaba á sus pies: Y en aquella hora Carlota y Enrique eran felices, porque se amaban, porque se habian casado aquel dia, y se repetian sin cesar con la voz y con las miradas.—Ya soy tuya!—Ya eres mia!

Tales contrastes los vemos cada dia en el mundo.—Placer y dolor!—Pero el placer es un desterrado del cielo, que no se detiene en ninguna parte: El dolor es un hijo del infierno, que no abandona su presa sino cuando la ha despedazado.

